

Imaginario petrolero: discurso y subjetividades

Vera Sanoja Zerpa *

Resumen

Las subjetividades que emergen de la cultura del petróleo son concebidas como condiciones inmateriales palpadas en la vida cotidiana de los venezolanos en las que los relatos juegan un papel fundamental. Surge la necesidad de conocer el discurso hegemónico, es decir, el metarrelato, anclado en un patrón civilizatorio neocolonial y expresado en el mito del progreso y del desarrollo; a partir de éstos se difundió un sistema de valores que contribuyó a configurar el imaginario de la cultura del petróleo en el siglo XX, manifestando rupturas y continuidades con el del siglo XXI. El metarrelato ha estado montado sobre tramas ideológicas y de poder que se encuentran ocultas en el relato explícito y que continúan latentes, sirviendo para aunar la violencia neocolonial, distorsionando la conciencia social y alterando la cosmovisión tradicional en nombre de la modernidad.

Palabras clave: imaginario, cultura del petróleo, metarrelato, subjetividades, discurso

Imaginary in oil producing countries culture: discourse and subjectivities

Abstract

The subjectivities that emerge in oil culture are conceived as immaterial conditions palpated in Venezuelan quotidian life in which narratives play a fundamental role. Arises the need to know the hegemonic discourse, thus, the metanarrative anchored in a civilizational pattern and expressed in the progress and development myth; from them a value system spread that helped set the imaginary of oil culture in the twentieth century, showing ruptures and continuities in actuality. Such metanarrative has been mounted on ideological and power frames that are hidden in the explicit story and remain dormant, serving to help up the neocolonial violence, disturbing social consciousness and altering the traditional worldview in the name of modernity.

Keywords: Imaginary, Oil Culture, Metanarrative, Subjectivities, Discourse.

*Universidad Central de Venezuela.

Artículo recibido 15 de febrero de 2016 – Arbitrado 10 de julio de 2016

Morfología y metabolismo de la cultura del petróleo

La llegada de las compañías petroleras a Venezuela en la última década del siglo XIX previo a la depresión de la producción de café en los campos venezolanos, dio inicio al surgimiento de la industria del petróleo consolidada lustros más tarde por Standard Oil Company y Lago Petroleum Corporation, desde la segunda década del siglo XX¹.

Estas compañías provenientes en su mayoría de Estados Unidos de Norteamérica, Holanda e Inglaterra estuvieron aliadas con los gobiernos políticos de turno por lo que lograron apropiarse no sólo de los recursos del suelo nacional, sino que además impusieron un sistema de valores que fue forzosamente aceptado, arrojando gran parte de las esferas subjetivas y materiales de venezolanos.

El violento establecimiento de los campos petroleros en estados venezolanos de Oriente y Occidente trajo consigo exclusión social, así como la creación de pueblos exclusivistas aislados de la realidad venezolana lo que impidió el reconocimiento de la otredad². Esa barrera territorial que separaba al campesino venezolano habitante y trabajador de la tierra de los nuevos sectores urbanizados por estadounidenses –en su mayoría–, dejó de ser una barrera territorial únicamente para convertirse en una barrera mental: un imaginario.

Así, el imaginario que se gestó en los venezolanos ha estado enmarcado en un neocoloniaje –consideramos que la primera ola de coloniaje fue la europea, y la segunda ola fue la estadounidense– y el metarrelato de la cultura del petróleo fue el protagonista. La reproducción incesante de tal metarrelato no hizo sino exaltar su reificación para la conformación de la modernidad venezolana, la cual puede ser observada en los distintos discursos objetivados en la

¹ Para 1878 ya se habría fundado la Compañía Petrolera del Táchira, también conocida como Compañía Nacional Minera Petrólia del Táchira, o como La Petrólia, siendo ésta la primera compañía explotadora de petróleo en los campos de la hacienda La Alquitrana; actividad que dependió de la concesión del gobierno nacional de la época bajo el mandato de Francisco Linares Alcántara. Las labores de esta compañía nacional languidecieron rápidamente, desapareciendo en 1934, por falta de renovación de la concesión otorgada por el Estado –negada por Manuel Egaña. Ésta, había sido desplazada por las compañías petroleras transnacionales que operaban en el Estado Zulia, como Lago Petroleum Corporation, pues la producción de La Petrólia nunca fue tan apetecible para la oferta comercial por lo cual impedía su participación en la competencia del mercado. La Petrólia desapareció, posiblemente, por motivo de las alianzas ya existentes con el capital extranjero, lo que impidió notablemente el desenvolvimiento de esta compañía nacional. Se fue con ella, la posibilidad de fomentar iniciativas nacionales que giraran en torno a una independencia productiva libre de dominación neocolonial.

² El momento en el que las compañías petroleras construyeron los desarrollos urbanísticos, se establecieron en suelo venezolano enclaves –que además de ser industriales fueron también enclaves culturales, ya que el capital extranjero controló las esferas económicas y políticas, determinando de esta manera un control foráneo total de las formas de vida e inclusive, de las formas sociales de conciencia.

vida cotidiana. Producto de la cristalización del metarrelato de la cultura del petróleo, también son sedimentados y reproducidos una serie de valores legitimantes de éste –que pareciera que continúa intacto a más de ocho décadas.

Como parte del proyecto cultural que afianzaría tal sistema de valores programado por las compañías petroleras, se crearon diferentes órganos de divulgación que proyectarían en la población un nuevo orden social e incorporarían la mirada importada de las formas de organización, de producción y de poder dadas en el seno de la naciente potencia mundial. La intención estuvo dirigida a homogenizar la cultura nacional, separándola de sus particularidades y mostrándola a través de los discursos políticos y de negociaciones económicas como una cultura de progreso inscrita en la racionalidad occidental.

Algunos de los elementos del proyecto cultural antes mencionado, pueden evidenciarse a partir de una especie de *moldes sociales* signados por una nueva concepción de familia, puesto que el movimiento migratorio interno había debilitado la estructura familiar tradicional, cánones estéticos, adaptaciones lingüísticas, organización urbana que promovió la estratificación social y el enclausamiento, patrones de conocimiento en los cuales la tecnociencia predominó como herramienta eficaz para la explotación de naturalezas, y quizá lo más importante a la vez que lamentable, una teleología justificatoria que daría contenido a todas las anteriores. Inclusive a nivel ideológico, se legitimó el patrón de sociedad que ideó lo que en la práctica ya se llevaba a cabo.

Fueron explícitas algunas transformaciones identitarias de los venezolanos; se introdujeron valores foráneos, cuestión que alteró la cosmovisión por medio del proceso de dominación que a su vez, combinó adaptaciones lingüísticas y estéticas, organización vertical en las industrias demostrando una libertad e igualdad ficticias, asaltos éticos y morales a los trabajadores de las compañías petroleras, sumisión del rol de la mujer por la acentuación del patriarcado, uso de la tecnología para aumentar la explotación del suelo, la deshumanización de la persona en relación con la naturaleza y la explotación infinita de los recursos finitos. Se fue iniciando un proceso de ocultamiento –principalmente discursivo– del efecto negativo de la otra cara de la modernización venezolana en pleno siglo XX, la neocolonización.

Cada uno de estos elementos responde a un patrón civilizatorio que implica un conocimiento occidental hegemónico, antropocéntrico y colonizador en el que la imposición de una cultura sobre otra se entiende como un elemento que aísla y soslaya a la cultura propia. Se ve

sedimentado tal efecto con la fecundación del mito del progreso en donde el papel de la inversión extranjera y la explotación de recursos naturales se asumen como rol principal, y la actividad económica del país se desenvuelve en torno a tales objetivos.

De esta forma, el imaginario podría traducirse como el elemento que trasciende las fronteras del discurso y que toma forma de una figura inconsciente que cala en la sociedad, de manera generalizada, producto de una serie de eventos suscitados a partir de ciertas problemáticas, de crisis, de conflictos que aluden a una imagen totalizante por la conciencia colectiva sobre lo que es, en este caso, el petróleo.

Así, este imaginario genera una nueva estructura de la conciencia social con particulares connotaciones semánticas y distensiones, que conformarían un metabolismo dislocado heredado por la neocolonización petrolera, lo que decantaría inevitablemente en la neocolonialidad del petróleo. El imaginario petrolero se consolida mediante la reproducción de los modos de vida suscitados a partir del sistema económico capitalista y los efectos socio-culturales reflejados en la dinámica que lo limitan.

La dependencia económica del petróleo constituye gran parte del imaginario. Es sinónimo de progreso y de modernización, que es sinónimo de Europa o Estados Unidos. Se fortalece “el imaginario popular de la Venezuela Saudita, tierra de abundancia sin límites, y se refuerza la centralidad del petro-Estado rentista”³

Metarrelato y subjetividades: De la crisis latente de sentido

La concepción de modernidad como idea occidental, está representada por la racionalidad instrumental como mecanismo para lograr el progreso –político, económico, social– en los territorios, asunto que fue alcanzado a partir de esta lógica. Ocurre que el afán secular de la modernidad hizo uso de la razón para acabar con tradiciones y cosmovisiones que no estaban inscritas en los parámetros eurocentrados y que conformaban –y aún conforman– filosofías de otras culturas distintas, para edificar esa sociedad racional que menciona Touraine; sociedad ésta dibujada como conglomerado social con el fin del progreso⁴.

³Edgardo Lander (pról.), Fernando Coronil. El Estado Mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela. Caracas: Editorial Alfa, 2013, p. 15.

⁴Alain Touraine, Crítica de la Modernidad, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp.18-19

Enriquece la reflexión incorporar la conceptualización del *metarrelato* que deviene de lo que Jean-François Lyotard entiende como aquellos de naturaleza totalizante y absolutista que pretenden dar una respuesta generalizada a problemas diversos, y que son parte del discurso ideológico que acentúa la modernidad, en las cuales existen tramas de poder que son justificados por éstos mismos.

El discurso moderno está fundado en la razón como vía única para legitimar la realidad y otorgarle valores cuantitativos y cualitativos que la definan, con carácter universal. En principio, el conflicto existente entre la ciencia y los relatos viene dado porque el gran relato va perdiendo legitimidad ya que el discurso científico deja de ser el discurso hegemónico, pues aparecen discursos de los cuales emergen *sentidos* que no están siendo revelados o relatados y que poseen una carga importante para comprender de lo que del gran relato subyace. Entiéndase este gran relato –en tanto que es moderno, hegemónico, racional, colonial– como un metarrelato. Por su parte, el gran relato está preñado de la ideología dominante y está enmarcado, por demás, en una postura histórica: la conservadora, liberal, neoliberal. La intención es visibilizarlo y denunciarlo.

Entonces, nos acercamos a esta idea como un artefacto discursivo palpado en cada relato, que está siendo legitimado y legitimante del *zeitgeist* ideológico de acuerdo a la forma de escritura de la historia, ya que se encuentran presentes frases que se ocultan en las frases relatadas. En este sentido, “hay que destacar que la base de legitimidad de los metarrelatos residía en el hecho de que precisamente su carácter narrativo pasaba desapercibido bajo su apariencia de mito, religión o historia. Pero en el momento en que las proposiciones sobre la realidad son descritas como narrativas, estamos desvelando su carácter ficticio y relativo”⁵.

Además de las consideraciones propiamente lingüísticas que surgen a partir del análisis estructural del relato, rescatamos que el mismo conforma lingüísticamente un discurso que no queda únicamente en lo relatado, porque las frases constituyentes y explícitas poseen al mismo tiempo frases que no están a la luz pero que no por eso dejan de existir, es decir, en las frases compuestas sintácticamente existen otras frases cargadas de intencionalidades.⁶

⁵Alejandro Baer, “La crisis de representación”, El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del holocausto, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005, p. 16.

⁶Roland Barthes, "Introducción al análisis estructural de los relatos", Análisis estructural del relato, R. Barthes, A. J. Greimas, T. Todorov, et. al, Barcelona, Ediciones Buenos Aires, 1982, pp. 9-43, pp. 11-12, 16. “Como es sabido, la lingüística se detiene en la frase: es la última unidad de que cree tener derecho a ocuparse; si, en efecto, la frase al ser un orden y no una serie, no puede reducirse a la suma de las palabras que la componen y constituye por ello

Así, los relatos surgen como narrativa, o bien, como discurso. Resulta que en la compensación del lenguaje de las prácticas sociales cotidianas algunos relatos se vuelven estáticos y otros trascienden; aquellos que se inmutan festejan una especie de soberanía, mientras que los relatos que trascienden son concebidos como los grandes relatos.

Es de relevancia establecer puntos de inflexión a través del proceso de deconstrucción de los significantes que se mantienen constantes en el gran relato. En consonancia a esto, Jacques Derrida –como exponente de la corriente deconstructivista– plantea que “nada hay fuera del mundo de los textos y el conocimiento social y filosófico no es más que una empresa autorreferente que se va extendiendo”⁷, pues los relatos están cargados de discursos ideológicos que pretenden posicionarse ante la verdad y la razón mediante el lenguaje. Así, los significantes que constituyen el relato se dispersan, se difuminan, desaparecen.

A causa de la desaparición de los significantes, la representación se ve sumergida en un panorama de crisis, pues el discurso moderno como objeto de representación va debilitándose y perdiendo legitimidad en tanto que los discursos sociales se ven envueltos por una serie de demandas que no corresponden con lo que el metarrelato supone: “el metarrelato tiene una función legitimante y reguladora del presente y la praxis, y proporciona las bases cognitivas de la creencia en la naturaleza dada (y no construida) de las instituciones sociales. Y es esta la idea que se ve debilitada desde una concepción anti-moderna, donde el proyecto moderno ilustrado –que operaba como relato legitimador y evocador, proyectándose en el universo social- presenta un resquebrajamiento en su sentido.”⁸

La reproducción del orden del discurso conllevó a instaurar a través de las palabras, “un *orden de la representación* que, desde su particular fundamento tautológico, otorgase *un sentido* al discurso que lo enunciaba”⁹, y que sólo era legítimo en la medida en que fuera un discurso signado por la razón, que desplegaría, por tanto, el sentido racional de la modernidad como único y verdadero.

mismo una unidad original (...) La lingüística no podría, pues, darse un objeto superior a la frase, porque más allá de la frase, nunca hay más que otras frases (...)”

⁷ Jacques Derrida. *De la gramatología*. México DF: Siglo XXI Editores, 1986.

⁸ Alejandro Baer, *op. cit.*, pp. 15-16

⁹ Xavier Puig Peñalosa, *La crisis de la representación en la era postmoderna. El caso de Jean Baudrillard*, [Libro en línea] Quito, Editorial Abya-Yala, 2000, p. 11

<<http://dspace.unm.edu/bitstream/handle/1928/10526/La%20crisis%20de%20la%20representaci%C3%B3n%20en%20la%20era.pdf?sequence=2&isAllowed=y>> [Consultada: 31/03/2015].

Entonces, el modelo de representación entra en crisis a partir del orden racional que se erige y que asume *un* discurso de la razón, y por tanto *un* sentido. Cuando el único sentido que es representado –el afán del progreso– comienza a ser cuestionado y obstaculizado por otros *sentidos* que emergen de representaciones alternativas, hablamos de una crisis del sentido.

A este respecto, urge preguntarse si la representación del metarrelato está en crisis, entonces ¿nos encontramos padeciendo una crisis de sentidos? Esto generaría un imaginario difuso que parece carecer de signos y símbolos concretos. Los significantes pudieran encontrarse desvanecidos en la espiral del discurso moderno, y más todavía cuando éste está abanderado por el mito del progreso.

Mientras tanto, el agobio desencadenado por el sujeto moderno al saber imposible la tarea de representar su deseable objeto y además ver hundida la representación que de ello creía posible, suscita la crisis de sentido que no compensa la esperanza con lo materialmente alcanzado. Es por esto que consideramos que “pueden desencadenarse crisis de sentido intersubjetivas en aquellas comunidades de vida donde hay una gran discrepancia entre la comunidad de sentido que se esperaba alcanzar y la que se alcanza realmente.”¹⁰

Existe una crisis de sentido en la representación de la modernidad al cuestionarse los fines del progreso, que responde a que “El factor más importante en la generación de crisis de sentido en la sociedad y en la vida de los individuos tal vez no sea el secularismo supuestamente moderno, sino el pluralismo moderno (...) que conduce a la relativización del sistema de valores (...)”¹¹

Sin embargo, la estructura social exige que existan mecanismos que puedan regular esta crisis, asunto que puede ser posible a través de artefactos culturales plasmados en las denominadas *instituciones intermediarias*¹²; estas tienen una tarea en tanto que “proporcionan orientación incluso cuando la sociedad, en su conjunto, deja de sustentar un orden omnicomprendido de sentido y de valores y actúa, más bien, como una instancia reguladora para los distintos sistemas de valores.

¹⁰Peter Berger y Thomas Luckmann, “Modernidad, pluralismo y crisis de sentido”, *Estudios públicos* [Artículo en línea] (Güterloh) No 63, (1996) p. 21, <http://www.cepchile.cl/dms/archivo_907_235/rev63_berger.pdf> [Consultada: 01/04/2015]

¹¹*Ibidem*, p. 27.

¹²*Ibidem*, p. 33.

Reflexiones en torno a la trascendencia del imaginario

El impacto del metarrelato fecundo del imaginario petrolero no se encuentra enmarcado en una coyuntura histórica pretérita y caducada, pues la fuerza del contenido que caracterizó el relato trasciende espacio-temporalmente la época en que se gestó, contribuyendo en gran parte a la configuración del imaginario venezolano en el siglo XXI. Existen pocas rupturas con el sentido teleológico que hoy por hoy manejamos como país petrolero, al mismo tiempo que prevalecen continuidades que merecen la pena ser estudiadas, a la luz de la colonialidad.

Nos encontramos frente a un relato que tipificó el sistema de valores, alimentado por las corporaciones transnacionales y consolidado a partir de un proceso de institucionalización de la actividad extranjera, de forma tal de cristalizar a través de una narrativa ampliamente política, la cultura del petróleo que logró superar las barreras textuales para instaurarse mediante una serie de patrones culturales neocoloniales.

Por otra parte, identificamos el proceso en el cual se evidenció de forma violenta y atropellada –de la única forma que puede ocurrir– una desterritorialización colonial que sería revestida, a partir de la segunda década del siglo XX y a causa del *boom* petrolero, en la neocolonización estadounidense. Tal situación interrumpió los flujos del metabolismo colonial para generar otro no muy distinto, pero con características diferentes, que trajo consigo nuevas formas de dominación social y psíquica, generando una especie de conducta esquiza como consecuencia de una fuerte carencia de sentido. Fueron herramientas tan poderosas que lograron calar y dominar la psique, las mentalidades, los sueños de venezolanos a través de las instituciones intermediarias que tomaron forma de medios de comunicación masivos, moldeando, incluso, la estructura de la conciencia social.

Paralelamente, la esquizofrenia generalizada en el ámbito social tiene claro su fin: es el deseo de la máquina deseante por generar producción y ejercer su función de acelerar flujos de capital, de dinero y de mercancía.¹³

Pero sin alejarnos de la intención central que nos lleva a repensar tal asunto, consideramos que esta situación ocurre en el marco de la *neocolonialidad*, siendo el proceso del cual emergen subjetividades a partir de la neocolonización estadounidense mediante la transformación forzosa

¹³ Gilles Deleuze y Félix Guattari, “Psicoanálisis y capitalismo”, *El Anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Editorial Paidós, 2010, pp. 306. [“La tesis del esquizoanálisis es simple: el deseo es máquina, síntesis de máquinas, disposición maquinaica –máquinas deseantes. El deseo pertenece al orden de la *producción*, toda producción es a la vez deseante y social. Reprochamos, pues, al psicoanálisis el haber aplastado este orden de la producción, el haberlo revertido en *representación*.”]

de mentalidades, pues desde ese momento se instituyeron prácticas en el imaginario social que fueron reproducidas; tales prácticas pertenecen a casi todas las esferas del ser y hacer del venezolano.

Entre los elementos que definen la matriz de la colonialidad del poder se encuentra *el control de las subjetividades y el conocimiento*¹⁴. En este punto se puede dilucidar el relato fecundo constituyente del imaginario petrolero y su propagación para la configuración de un imaginario cultural.

Acercas de las subjetividades alojadas en tal narrativa política, consideramos que las dimensiones analizadas representan en sí mismas la manera cómo se manifiestan los elementos constitutivos de la nueva forma de colonización, permitiendo aproximarnos a la cultura del petróleo e identificando así, el metarrelato moderno triunfante. Nos encontramos frente a ciertas subjetividades sumergidas en la estructura de la conciencia social tejida por la modernidad, y atravesadas por la urdidumbre del discurso que reproduce incesantemente un sistema de valores. En el caso venezolano, se ha gestado una especie de subjetividad rentista como sustrato y dispositivo moral.

De esta forma, y claramente, se presenta un fuerte anclaje en un patrón civilizatorio que, además de dominar y determinar las esferas cotidianas, obstaculiza llevar a cabo modos de vida-otros que irrumpen con su lógica esencial. Decimos con esto que el metarrelato de la cultura del petróleo no sería un constructo abstracto o una entelequia inocua, sino un discurso hegemónico cargado de un sentido “universal” más bien totalizante, que desplaza y destituye forzosamente alternativas de pensamientos distintos poseedores de otras cosmovisiones.

La apuesta va dirigida hacia la posibilidad de la creación social de nuevas narrativas¹⁵, narrativas éstas que permitan desmontar el discurso del progreso y del desarrollo, o en este caso, el metarrelato moderno de la cultura del petróleo en tanto que den luces para repensarla como una cultura libre de dominación neocolonial¹⁶ utilizando el discurso como acción a nivel social¹⁷. Se

¹⁴Walter D. Mignolo, *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad, y gramática de la descolonialidad*, Buenos Aires, Ediciones del signo, col. Razón política, 2010, p. 12.

¹⁵Arturo Escobar, “El desarrollo y la antropología de la modernidad”, *La invención del Tercer Mundo*, Caracas, Editorial El perro y la rana, col. colonialidad/modernidad/descolonialidad, 2007.

¹⁶ Rodolfo Quintero, *Antropología del petróleo*, op. cit., p. 180. [“El constante observar y analizar la vida cotidiana de los venezolanos de diferentes clases sociales, distintas ideologías, grados de ilustración, intensidad de preocupaciones por el progreso del país es, como lo hemos señalado, el gran universo donde se descubren rasgos

trata pues, de visibilizar los pequeños relatos que poseen subjetividades subalternizadas y que dan pie a desmitificar aquel relato hegemónico.

El metarrelato de la cultura del petróleo ha sido construido sobre la base de un patrón civilizatorio que se encuentra en crisis pero que, paradójicamente, ha sido determinante para el entendimiento de las identidades latinoamericanas.

insospechados de la cultura petróleo (...) Pero no hay sector de la población, en espacio o en tiempo alguno, que acepte su condición de domesticado ideológicamente; todos se creen y tratan demostrar que son 'libres'.]”

¹⁷ La creación social de nuevas narrativas no debe ser un constructo que apuesta a la reescritura de la modernidad. Para Lyotard, reescribir la modernidad niega la posibilidad de escribir la posmodernidad para no recaer en la reproducción de la lógica moderna de crear un nuevo gran relato; lo ve como la posibilidad que existe de revelar y develar el destino de los relatos formulados y aplicados por el proyecto moderno. Es la separación de los juicios modernos que se fundan en la práctica deslegitimadora del metarrelatoemancipatorio causado por la trampa de la historiografía. Cfr. Jean-François Lyotard, “Reescribir la modernidad”, *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2008, pp. 32-43.

Referencias Bibliográficas

- BAER, Alejandro. El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del holocausto. Madrid: Siglo XXI Editores, 2005.
- BARTHES, Roland. Análisis estructural del relato. R. Barthes, E. Morin, T. Todorov, et. al. Barcelona: Ediciones Buenos Aires, 1982.
- BERGER, Peter y Thomas Luckmann. “Modernidad, pluralismo y crisis de sentido”. Estudios públicos (Güeterloh) No 63 (1996) <http://www.cepchile.cl/dms/archivo_907_235/rev63_berger.pdf> (Consultado el 01/04/2015).
- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari. El Anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia. Barcelona: Paidós, 2010.
- DERRIDA, Jacques. De la gramatología. México DF: Siglo XXI Editores, 1986.
- ESCOBAR, Arturo. La invención del Tercer Mundo. Caracas: El perro y la rana, 2007.
- LANDER, Edgardo. (pról.) Fernando Coronil. El Estado Mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela. Caracas: Editorial Alfa, 2013.
- LYOTARD, Jean-François. La condición postmoderna. Madrid: Ediciones Cátedra, 1987.
- MIGNOLO, Walter. Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad, y gramática de la descolonialidad. Buenos Aires: Ediciones del signo, 2010.
- PUIG PEÑALOSA, Xavier. La crisis de la representación en la era postmoderna. El caso de Jean Baudrillard. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2000.
<<http://dspace.unm.edu/bitstream/handle/1928/10526/La%20crisis%20de%20la%20representaci%C3%B3n%20en%20la%20era.pdf?sequence=2&isAllowed=y>> (Consultado el 31/03/2015)
- QUINTERO, Rodolfo. La cultura del petróleo. Caracas: Suplemento de la Revista del Banco Central de Venezuela vol. XXVI, No 2, 2011.
- TOURAINÉ, Alain. Crítica de la Modernidad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994.